

El crucifijo de Teodoro Picado

Al comentario de Manuel Formoso, recordando con justicia al expresidente de la República don Teodoro Picado, recalco una verdad histórica desfigurada por la pasión. El "Pacto de la Embajada de México" fue suscrito en asocio del Presbítero Benjamín Nuñez, ambos creyendo que habían logrado la paz. El 18 de abril de 1948 —enfrentándose a amigos y correligionarios—, en carta dirigida al Doctor Rafael Angel Calderón Guardia y al Licenciado Manuel Mora Valverde, don Teodoro comunicó su decisión irrevocable terminar el conflicto mediante un acuerdo honroso, explicando que graves circunstancias internacionales lo obligaban a poner de lado su orgullo. **"Fuerzas incontrastables están absolutamente decididas a hacernos perder..."** escribió. Triste y vencido, protegiendo no solo a amigos sino también a enemigos, narró que si el conflicto persistía unos días más, **el país iba a ser objeto de un vejamen**. Ante las amenazas de la Legión Caribe de llevar la guerra a toda Centroamérica, medios extraños iban a limpiar el país de combatientes, **"...y no quiero que mi presencia en el poder sirva de pretexto para ninguna clase de afrenta a Costa Rica"**, aclaró.



FERNANDO
LINCOLN
GÜIER

Falacia desvirtuada. Falso que el presidente don Teodoro Picado autorizó al General Anastasio Somoza a invadir el país. Esa falacia está desvirtuada totalmente por el fallo dictado el 10 de setiembre de 1957 por la Corte Suprema de Justicia, al absolverlo diez años después del infamante delito de Traición a la Patria.

Resumo: el miércoles 14 de abril, luego de conversar privadamente con el presbítero Nuñez, decidió entregar el mando al Tercer Designado, Ingeniero Santos León Herrera. El jueves 15 ordenó la rendición al digno comandante de las tropas en Cartago, don Roberto Tinoco, pero el autócrata nicaragüense, ante la arrogancia de la Legión Caribe de que

▼ "Mi conciencia me decía que había cumplido con mi deber de costarricense"

—T. Picado

emprendería una cruzada libertadora, solicitó el resguardo de la frontera común al gobierno ya en vías de extinción. En esas infortunadas condiciones, el presidente Picado no podía consentir que se convirtiera a Costa Rica en el teatro de un sangriento conflicto centroamericano. El 17 de abril llegó la Guardia Nacional nicaragüense a Villa



Que-
sada, lo que se ignoró en la capital hasta que al día siguiente en la mañana —sábado 18 de abril—, en reunión extraordinaria en la Embajada de México dio el Embajador de ese país la noticia, y de inmediato el presidente Picado repudió el hecho. Los detalles del acuerdo se remataron temprano el domingo 19 de abril, mediante el **Pacto de la Embajada de México**.

El lunes 20 entregó la presidencia al ingeniero León Herrera, y partió hacia el destierro del cual nunca retornó, y no

huyendo como torvas miradas de envidia tergiversan la realidad.

Amarga narración. Comentando la tragedia que vivió, don Teodoro en carta privada escrita en Managua en febrero de 1953, amargamente narró su infortunio:

"... el tiempo va enfriando las pasiones, aunque sea lentamente... Yo, en cambio, me sacrificé por mi patria. Asumí las responsabilidades históricas del Pacto de la Embajada de México. Ofrecí en aras del futuro pacífico de Costa Rica todo lo que tenía que ofrecer, que era mi vida y mi honor... Me hice cargo de la situación sin buscar Cirineos. Desafíe a amigos y enemigos... He perdonado a quienes me han calumniado e injuriado... Yo que me sacrificé por Costa Rica estoy en la pobreza y perseguido. Ellos que obtuvieron el apoyo extraño me anateman. Yo por no haberlo aceptado estoy en el destierro... Todavía no falta quien me haga el cargo de no haber aceptado el apoyo que el General Somoza me ofrecía... Yo lo rechacé a sabiendas de lo que eso significaba... Pero mi conciencia me decía que había cumplido con mi deber de costarricense. Que en ese momento histórico había triunfado Costa Rica. Qué ella valía más que el poder y el triunfo".

Vivió en la pobreza de una humilde casa en Managua enfermo de mal de Parkinson, muda la voz por aquella dolencia, probando diariamente el suplicio de la incompreensión hasta su fallecimiento en esa cálida tierra 12 años después.

Su cadáver llegó al aeropuerto de La Sabana. Fue velado en una modesta funeraria situada cerca de la Capilla de las Animas, y José Albertazzi Avendaño —contemplando el crucifijo sobre el féretro—, exclamó con emoción: "No lo lleva en el ataúd. La ingratitud se lo puso en el alma".